

América Latina y el Caribe enfrentan un momento de definición geopolítica. En un escenario global marcado por crisis, tensiones comerciales y el ascenso de nuevas potencias, la región tiene la oportunidad de reconfigurar su lugar en el mundo.

Durante décadas, nuestras economías han estado subordinadas a una arquitectura global que reproduce una lógica de dependencia. Esta situación no es casual: es resultado de procesos históricos de colonialismo e imperialismo que, aún hoy, condicionan el desarrollo y la soberanía de nuestros países.

Frente a esta herencia estructural, los BRICS y la cooperación Sur–Sur representan no solo una alternativa económica, sino una esperanza política. Como señala el economista Jeffrey Sachs, el BRICS no es un bloque antioccidental, sino una vía para construir un orden verdaderamente multipolar, basado en el derecho internacional y la igualdad entre naciones.

Este giro hacia el Sur Global no implica alejarse del mundo, sino insertarse en él desde otra lógica: con mayor autonomía estratégica, diversificando nuestros vínculos comerciales, accediendo a nuevas fuentes de financiamiento como el Nuevo Banco de Desarrollo, y participando en proyectos de infraestructura, ciencia y tecnología sin las condicionantes de subordinación impuestas por los organismos tradicionales.

Además, los BRICS nos ofrecen un espacio donde las voces del Sur no solo son escuchadas, sino que pesan. Como dijo

recientemente el presidente de China, Xi Jinping, “las prácticas intimidatorias solo sirven para aislar a quienes las ejercen”. Y su canciller Wang Yi advirtió que ceder ante las presiones de EE.UU. “solo alienta su matonería”. En este contexto, la multipolaridad no es una amenaza: es una garantía de soberanía.

Brasil, bajo el liderazgo de Lula, ha asumido un rol fundamental en este proceso, impulsando la idea de una moneda común para transacciones entre los países del Sur, defendiendo el diálogo y promoviendo una visión de “neutralismo activo” en la política global.

Pero esta estrategia no puede ser solo bilateral ni desarticulada. Necesitamos avanzar hacia una unidad regional basada en la defensa de nuestros recursos estratégicos —como el litio, el agua, los minerales y la biodiversidad—, que hoy son objetivo de intereses transnacionales que nos enfrentan país por país.

Si actuamos juntos, en el marco del Sur Global, podemos establecer reglas justas para su explotación, asegurar beneficios para nuestros pueblos y proteger nuestra soberanía frente a nuevas formas de colonialismo verde o financiero.

En definitiva, lo que está en juego no es solo un nuevo esquema comercial, sino la posibilidad de disputar el sentido mismo del desarrollo. De dejar atrás la subordinación y participar en un mundo donde el Sur ya no sea una periferia dominada, sino un actor central, con voz propia, capacidad de decisión y derecho a un futuro digno. Futuro que para nosotros

es la construcción de desarrollo con justicia social, un mundo sin explotación.